

Una muñeca de sorpresa

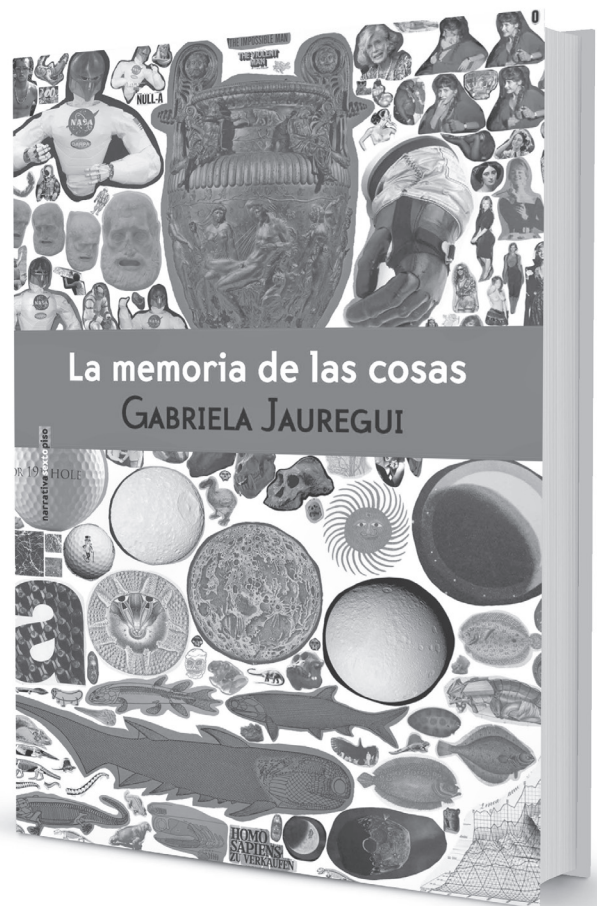
La memoria de las cosas, de Gabriela Jauregui

Nora de la Cruz

ES FÁCIL INTERESARSE EN LA ESCRITURA de Gabriela Jauregui: no sólo es fundadora de una editorial independiente con un catálogo sólido, sino que ha sido incluida recientemente en la lista de los 39 autores menores de cuarenta años más interesantes de Latinoamérica. Por si fuera poco, el cintillo de *La memoria de las cosas*, su primer libro de relatos, cita el elogioso comentario que de él hizo Marjorie Perloff, ni más ni menos. Poeta y doctora en literatura comparada, Jauregui produce una impresión a priori: la de una autora original, con visión, experimental.

Su primer libro de relatos confirma este juicio, al menos en parte. Puede decirse que se trata de un libro conceptual, pues está concebido como un gabinete de curiosidades, dividido en las cuatro secciones que suelen componer este tipo de muestrarios: “Vegetalia”, “Mineralia”, “Animalia” y “Artificialia”. El giro está en que, en vez de ser un catálogo de prodigios, está compuesto por textos que observan un elemento de nuestra cotidianidad, con una nueva mirada, una mirada que le devuelve su extrañeza. Esto se consigue de diversas maneras: estudiando su historia o un dato curioso relacionado con el objeto en cuestión, o bien, elaborando una narración en torno a sus características o connotaciones, todo esto con un lenguaje que combina el lirismo con el desparpajo y, en ocasiones, con el desaliño. Aunque está clasificado como una colección de relatos, gran parte de los textos están en un límite borroso entre la prosa poética y el ensayo. Se trata, en general, de un conjunto desigual que, a pesar de lo inteligente de su premisa y la frescura de su dicción, no termina de ser efectivo.

El tomo abre con la sección “Vegetalia”. En ella, destacan “Pera cocodrilo” y “Obituario”; ambos textos lindan con



La memoria de las cosas
Gabriela Jauregui
México, Sexto Piso, 2015, 127 pp.

lo ensayístico y lo poético. El primero revisa la extraña circunstancia por la que los aguacates llegaron a cultivarse en Escondido, California; el segundo es una efectiva prosopopeya que parece describir a una mujer, pero al final revela que se refiere a una orquídea. En ambos casos, la efectividad de los textos radica en la densidad y suntuosidad del lenguaje, que juega con la sintaxis, el sonido y los sentidos múltiples. El texto que abre la colección, “Árbol cosmonauta”, es un microrrelato que parece más bien un pretexto para exponer una idea: que si se midiera el movimiento de las ramas de los árboles durante su vida y se acumulara, equivaldría a un viaje al espacio. Es una linda idea, pero no es claro si justificaba la forma narrativa. Lo mismo ocurre en “Gummibärchen”, una historia sobre un padre, un hijo, una abuela, que parece más bien un marco para contar el insólito hecho de que la materia prima de los ositos de goma está vinculada con Osama Bin Laden, y su venta por ende ha financiado el terrorismo. Por su parte, “Follaje” y “Estrategia de supervivencia” son también breves elaboraciones narrativas cuyo fundamento parece insuficiente, pero que carecen de la fuerza estilística de las primeras. La debilidad fundamental de la sección es que la visión de la realidad que se propone no asombra y en la mayoría de los casos tampoco convence.

Esto es aún más evidente en la siguiente sección, “Mineralia”, cuyos textos son de una dicción mucho más tibia, a ratos descuidada, aunque contiene dos textos que son más narrativos que los anteriores. De ellos destaca “Citlalli”, un monólogo que descansa en el lenguaje y en las imágenes, logradas en general, aunque la visión del mundo indígena es occidental y moderna, en detrimento de la verosimilitud. Nuevamente, la intención de mostrar algo aparentemente asombroso y usar la narración como pretexto aparece en “Diamante recuerdo”, que intenta mostrar el absurdo de convertir las cenizas de alguien en diamante, pero le falta sutileza y falla. “Oro negro”, el último de la serie, muestra un mejor equilibrio entre humor y relato, pero en este caso el estilo carece de fuerza.

La tercera sección del libro, “Animalia”, es la más lograda de todas, en gran medida porque contiene los relatos más sólidos y memorables: “Odolkia” y “Autobiografía”. El primero gira en torno a Iñaki y el lugar que ocupa en su familia, respecto de otros hombres, por su participación en la cacería. La atmósfera es lograda, y con gran economía de recursos se dota a los personajes de interioridad; además, el objeto elegido —un embutido— funciona de manera más orgánica dentro de la historia. Es interesante que Jauregui elige invertir

los roles de género y con ello consigue ampliar el espectro de la emotividad masculina. Por su parte, “Autobiografía” es el texto que mejor combina las fortalezas de la autora: lirismo, densidad semántica, juegos de lenguaje y sentido del humor. No es un cuento sencillo, aunque lo parezca: demanda que el lector colabore para comprender la alegoría contenida en la historia de una zorra que cuenta su vida y su experiencia como parte de un experimento. A veces el estilo se excede en la impostación, pero en general se sostiene, jugando con el absurdo y, sobre todo, elaborando en torno a las ideas de poder y rebeldía. Los otros dos textos de la sección, “Moluscos” y “El perro y la agujeta”, incurrir en los despropósitos que ya se han comentado: hacen demasiado evidente la intención de explorar connotaciones, en el caso del relato que parte de la pérdida y búsqueda de siete caracoles de bronce; o bien, son tan líricos y visuales que olvidan relatar, confiando tal vez en que la descripción de la escultura de un perro que juega con una agujeta como parte de un monumento funerario sea elocuente por sí misma.

La última parte del libro, “Artificialia”, comienza con un cuento inteligente, “Biombo”, que funciona también gracias a la naturalidad con la que el objeto funciona dentro del relato. Lo mismo ocurre con “Poción”, un relato gracioso en el que el medicamento es la poción medieval que le permite a una adolescente librarse de su transformación en un monstruo de tres tetas. “Revolver”, “Correa” y “Pelusa”, como otros del libro, se quedan cortos en lo narrativo, pero sin la fuerza estilística que salva a sus semejantes. “Pelusa”, el relato de la preocupación que sienten los vacacionistas ciudadanos por la posible irrupción de los narcos en el lugar donde se hospedan, se percibe francamente forzado, sin que se entienda si las pelusas representan lo ligero o vulnerable de la vida, o por qué alguien en la playa tendría la atención puesta en las pelusas de sus bolsillos. En el cuento no sólo es alguien, aparentemente son todos los que piensan igual.

Es evidente, Gabriela Jauregui posee cualidades como autora que vislumbran una interesante obra suya en los próximos años. Será interesante también observar la maduración, no sólo de su voz, sino de su visión sobre la realidad y la literatura. *La memoria de las cosas* da buena cuenta de su capacidad, pero no termina de ser un libro sólido, pues aunque el concepto que le sirve como eje es sugerente, la ejecución es desigual. El desfile de los prodigios no es convincente, y por momentos tiende a la autocomplacencia. Más que ser una observación asombrada de la realidad, parece una mirada que finge sorpresa. ■■